

empleado una elocuencia lírica admirable que va hasta el más amargo pesimismo para elevarle después hasta el noble título de « rey desposeído ».

« ¿ Qué es el hombre en la naturaleza? Una nada en comparación con lo infinito, un todo en comparación con la nada, un término medio entre todo y nada... La grandeza del hombre nace del conocimiento de su miseria... Aun cuando el universo le aplastase, el hombre sería mucho más noble que lo que le mata, porque sabe que muere, mientras que el universo nada sabe. Toda nuestra dignidad estriba pues en el pensamiento. » Pascal pasa después revista « á las diversas agitaciones de los hombres », causa de toda su « desgracia », así como á sus « aspiraciones á la gloria y medios de conquistarla », que constituyen « la mayor baja del hombre » al mismo tiempo que « la mayor prueba de su excelencia »; flagela la « vanidad tan arraigada en los corazones, pues un zopenco se vanagloria y quiere tener admiradores »; el amor propio, ese « Yo humano », cuya naturaleza consiste « en amarse á sí mismo exclusivamente sin tener en cuenta más que á sí mismo »; y escribe la famosa frase : « El Yo es aborrecible. »

El hombre, monstruo inexplicable, compuesto de grandeza y de baja, no se hace comprensible sino mediante su fe en Dios :

Pesemos nuestra ganancia y nuestra pérdida en el caso de que Dios exista ó no. Si ganamos, lo ganamos todo; si perdemos, no perdemos nada. Podemos pues apostar, sin vacilación alguna, en favor de su existencia.

Hablando de las diversas religiones, impotentes todas para explicar al hombre, Pascal sólo halla en el cristianismo la solución del problema. Toda esta parte de los *Pensamientos* es un mero esbozo en que se hallan sin embargo gritos tan llenos de sinceridad y de fe, que recuerdan é igualan los más hermosos apóstrofes de san Agustín.

El silencio eterno de esos espacios infinitos me espanta. — ¿ Dejas de ser menos esclavo porque tu amo te muestre cariño y te halague? — El último acto es sangriento, por muy hermoso que sea el resto de la comedia. Al fin echan tierra sobre la cabeza y se acaba todo. — Temer la muerte, fuera del peligro y no en el peligro, es propio de los hombres¹.

En cuanto al estilo de los *Pensamientos*, es tal vez lo que menos importaba á Pascal; es seguramente menos limado que el de las *Provinciales*. Es un impulso del alma, expresado con energía y con imágenes verdaderas. Se ha dicho : Pascal, escritor admirable cuando acaba, es superior cuando le interrumpen.

1. Ya había dicho hermosamente nuestro Ercilla :

El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

(N. del T.)

Al terminar el estudio de Pascal ¿ cómo no hemos de recordar el juicio de Chateaubriand, que en su brevedad es un conjunto muy exacto acerca del hombre y de la obra? :

Hubo un hombre que, á los ocho años, con unas barras y unos redondeles creó las matemáticas; que á los dieciséis, compuso el tratado más sabio de secciones cónicas que se conoce; que á los diecinueve, redujo á máquina una ciencia que reside por completo en el entendimiento; que á los veintitrés demostró los fenómenos de la pesantez del aire y destruyó uno de los más grandes errores de la antigua física; que á la edad en que los demás hombres empiezan casi á nacer, después de haber recorrido el círculo de las ciencias humanas echó de ver la nada de las mismas y volvió su mente hacia la religión; que, desde aquel momento hasta su muerte, ocurrida á la edad de treinta y nueve años, estando débil y achacoso, fijó la lengua que hablaron Bossuet y Racine, suministrando el modelo de la más delicada sátira y del más sólido razonamiento; y que, por último, en los breves intervalos que le dejaban sus enfermedades, consignó algunos pensamientos que tienen tanto de divino como de humano. Este tremendo genio se llamaba Blas Pascal¹.

Los *Pensamientos* de Pascal salieron á luz por vez primera en 1670 y no tardaron en ser populares, siendo de gran provecho á muchos; entre sus lectores más entusiastas y atentos figuraba La Bruyère, que escribía en su *Discurso de Teofrasto* :

— No me han apartado de mi empresa dos obras de moral que se hallan en manos de todo el mundo y de las que podrían pensar algunos, por falta de atención ó por espíritu de crítica, que he imitado estas observaciones.

Tratábase de los *Pensamientos* de Pascal y de las *Máximas* de La Rochefoucauld; y La Bruyère dice, comparando ambas obras con la suya :

La una, por deliberado intento de su autor, pone la metafísica al servicio de la religión, da á conocer el alma, sus pasiones, sus vicios, trata de los grandes y serios motivos que deben inclinarnos á la virtud y quiere hacer al hombre cristiano. La otra, producto de una inteligencia formada en el trato del mundo, y cuya delicadeza era igual á su penetración, observando que el amor propio es en el hombre causa de todas sus flaquezas, lo ataca sin descanso, donde quiera que lo halla; y este único pensamiento multiplicado de mil maneras, presenta el atractivo de la novedad, gracias á la variedad de las palabras y de las expresiones.

En la obra que acompaña á la traducción de los *Caracteres* no se sigue

1. Existen en español pocas traducciones de Pascal y entre ellas una de las *Cartas Provinciales* y otra de *Los Pensamientos* hechas ambas en Madrid sin gran esmero, en 1879.

(N. del T.)

ninguno de esos caminos; es muy distinta de las que acabo de indicar: menos sublime que la primera y menos delicada que la segunda, no tiene más propósito que hacer al hombre razonable, valiéndose de medios sencillos y comunes, y examinándole indiferentemente sin gran método y según se va presentando en los diversos capítulos, conforme á las edades, á los sexos, á la condición, á los vicios, á las flaquezas y á las ridiculeces propias.

Cita además á Pascal en el capítulo del *Hombre*, y hasta le copia en el de la *Corte*:

— Los hombres ocurrentes suelen tener mal carácter.

Si no lo hubieran dicho ya, lo diría yo aquí.

Temía La Bruyère que sus observaciones parecieran imitadas de los *Pensamientos*. Dicho temor era quimérico aunque no modesto. Son dos obras enteramente diferentes tanto por su género como por el tono y el valor intrínseco.

Juan de La Bruyère (1639-1696) nació en París de familia burguesa en la parroquia de San Cristóbal, no lejos de Nuestra Señora, en la isla de la Ciudad. Durante largo tiempo se creyó que era natural de Dourdán, cerca de Rambouillet, pero la fe de bautismo no deja duda acerca de su calidad de parisiense. Sin embargo su familia era originaria de Mondoubleau, en el Vendômois.

Su padre, Luis de La Bruyère, ejercía las funciones de inspector de rentas del Ayuntamiento. Se había casado, en 1644, con la hija de un procurador del Châtelet, Isabel Hamonyme; de este matrimonio nacieron ocho hijos, de los que vivieron cinco, tres varones y dos hembras: Juan era el mayor. Los antepasados de La Bruyère habían desempeñado, á fines del siglo xvi, un papel bastante importante en los asuntos de la Liga, siendo citado en la *Sátira Menipea* uno de ellos, Juan de La Bruyère boticario de la calle Saint-Denis. Fué, con su hijo Matías, uno de los más celosos defensores de la Santa Unión; ambos figuraron entre los jefes más activos de la Liga y tuvieron que huir de París á la entrada de Enrique IV.

Matías tuvo un hijo, Guillermo de La Bruyère, secretario del obispo de París y de la Cámara del Rey, pleiteante endurecido que arruinó á su mujer.

Tal es el medio social en que creció Juan de La Bruyère. Probablemente debió hacer buenos estudios con los Oratorianos, á juzgar por el primer capítulo de los *Caracteres* y por la elección que de él se hizo para preceptor del nieto de Condé. Conoce á fondo la antigüedad á la que juzga con gusto muy seguro y delicado. Hablaba alemán, y, por una carta dirigida á Ménage, se deduce que conocía también bastante el griego. Terminados sus estudios de humanidades, La Bruyère emprendió el estudio del derecho y se preparó á sostener las dos tesis de

licencia, derecho romano y civil; sostúvolas en 1665, escogiendo por tema las Tutelas y Donaciones. Apenas licenciado, escribió de su puño y letra en los registros de la Facultad de Orleáns:

Yo el abajo firmado, Juan de La Bruyère, de la diócesis de París, he hecho hoy mis licencias mediante acto público sobre las tesis impresas de *Tutelis et donationibus*. El tres de junio de mil seiscientos sesenta y cinco.

No parece haber ejercido su profesión. Su familia se hallaba en situación desahogada, y tenía casa, comida y coche. Vivió en compañía de su hermano en aquel holgado medio de burgueses ricos; el verano se iba al campo, á Saulx-les-Chartreux, cerca de Longjumeau. Allí se aficionó á la naturaleza, lo cual le hacía sentir

que se educase á los jóvenes en la ciudad, en la más grosera indiferencia acerca de las cosas rurales y campestres; apenas se distingue la planta que produce el cáñamo de la del lino, el trigo del centeno, y uno y otro de la comuña, contentándose con comer y vestirse... No hay misero curial que, desde el fondo de su estudio sombrío y ahumado y preocupado el espíritu por los más negros enredos, no se crea superior al labrador que goza del cielo, que cultiva la tierra, que siembra á su tiempo y cosecha ricas mieses; y si alguna vez oye hablar de los hombres primitivos y de los patriarcas y de su vida campestre, se maravilla de que fuera posible vivir en tales tiempos en que no había comisiones, ni presidentes, ni procuradores: no comprende que haya sido posible vivir nunca sin escribanos y sin tribunales.

Despreciaba á la magistratura, tal como la había conocido, y precisaba sus cargos:

Hay usos, leyes y costumbres: ¿de qué sirve el tiempo, por cierto bastante largo, que se emplea en digerirlos y en ponerse al corriente de ellos? El ensayo y aprendizaje de un joven adolescente que pasa de la férula á la púrpura y se ha convertido en juez, se reduce á decidir soberanamente acerca de la vida y fortuna de los hombres!

Tenía en cambio la más elevada idea de la misión del abogado y, en el capítulo de la *Cátedra*, consigna este brillante elogio de la profesión:

El cargo de abogado es penoso, laborioso y supone en el que lo ejerce gran fondo y notables recursos; no se halla sólo encargado, como el predicador, de cierto número de oraciones compuestas á sus anchas, recitadas de memoria, con autoridad, sin contradictores y que, con poco trabajo, le procuran gran honor en más de una ocasión. Pronuncia graves defensas en presencia de jueces que pueden imponerle silencio y contra adversarios que le

1. Hubo también en España un gran moralista, que fué al mismo tiempo terrible satírico, el gran Quevedo, que se atrevió á decir la verdad á todo el mundo, á príncipes, gobernantes, magistrados, etc. Quevedo fué muy leído y hasta imitado en Francia, según ya hemos dicho. (N. del T.)

interrumpen. Debe estar siempre dispuesto á la réplica; habla en el mismo día y en diferentes tribunales de asuntos diferentes. Su casa no es para él lugar de reposo y de retiro, ni un asilo contra los litigantes: se halla abierta á todos los que van á abrumarle con sus preguntas y sus dudas. No se acuesta, no le preparan refrescos, no se reúne en su alcoba animado concurso de gente de todas clases y sexos para felicitarle por lo agradable y lucido de su lenguaje, para recordarle un pasaje en que estuvo á punto de cortarse ó un escrúpulo que sintió de haber hablado con menos vivacidad que de ordinario. Después de haber hecho largos discursos, por vía de descanso tiene que redactar no menos largos escritos, es decir que no hace más que cambiar de trabajo y fatiga; me atrevo á decir que, en su género es lo mismo que eran en el suyo los primeros varones apostólicos.

La tarea le pareció demasiado ardua y abandonó el foro.

Compró á un tal Metezeau, burgués de París, por la cantidad de veinte mil libras, un empleo de tesorero general de hacienda en Caén, á fin de imitar á su tío Guillermo que se había enriquecido en la hacienda.

Á semejanza de Racine, que desempeñaba un empleo análogo en Moulins, La Bruyère se vió dispensado de la residencia. Después de prestar juramento ante los consejeros de la Cámara de Cuentas de Ruán, fué á Caén para tomar posesión de su cargo y se volvió á París.

Vivió bastante retirado aunque era muy sociable, afable y simpático, tal como nos lo muestran sus retratos. Estas son las cualidades que le reconocían todos sus contemporáneos, hasta sus mismos enemigos. Boileau escribía de él en 1687: « Es un hombre excelente á quien nada le faltaría si la naturaleza le hubiese hecho tan agradable como él pretende parecerlo. » Y Saint Simón decía, poco después de la muerte de La Bruyère: « Era un hombre excelente, de muy agradable compañía, sencillo, sin pedantería, y muy desinteresado; le conocía bastante para sentir su muerte y echar de menos las obras que podía producir aún dadas su edad y su salud ».

La Bruyère mismo se declara afable:

Venid á la soledad de mi gabinete: el filósofo es accesible y no os rechazará. Me hallaréis estudiando los libros de Platón que tratan de la inmortalidad del alma y de la diferencia entre ella y el cuerpo, ó con la pluma en la mano calculando la distancia que hay desde Saturno y desde Júpiter: admiro á Dios en sus obras y, mediante el conocimiento de la verdad, procuro arreglar mi alma y hacerme mejor. Entrad, todas las puertas se os hallan abiertas; no os fastidiaréis haciendo antesala: pasad hasta mí sin avisarme. Y si me procuráis una ocasión de serviros, me procuraréis algo más estimable que el oro y la plata.

D'Olivet le conoció de esta suerte, viviendo tranquilo en medio de sus amigos y de sus libros, y escribiendo por su gusto.

No es « el literato vulgar como un marmolillo en el extremo de una plaza »; es un enamorado de los largos coloquios íntimos, que sus

contertulios hallan siempre demasiado cortos. Buenaventura d'Argonne, bajo el seudónimo de Vigneul-Marville, nos introduce en su morada, y el retrato inconscientemente lisonjero que traza de la Bruyère, no puede ser sospechoso viniendo de un enemigo:

... No había, dice, más que empujar una puerta y entrar en una habitación cerca del cielo, dividida en dos por una ligera colgadura. El viento, siempre amigo de los filósofos, salía al encuentro de los que llegaban, levantaba diestramente la colgadura y dejaba ver al filósofo, con rostro sonriente y muy satisfecho de tener ocasión de destilar en el espíritu y en el corazón de los recién llegados el elixir de sus meditaciones.

Allí, más cerca del cielo y más lejos de los ruidos de la calle, meditaba aquel independiente, enamorado especialmente de la libertad, — de esa libertad « que no se confunde con la ociosidad, sino que es el empleo libre del tiempo y la libre elección del trabajo y del ejercicio. Ser libre, en una palabra, no es no hacer nada, sino ser exclusivamente árbitro de lo que se hace ó de lo que se deja de hacer. ¡ Qué bien tan grande es la libertad así entendida! »¹.

Y en otro lugar añade: « No hacer la corte á nadie, ni esperar que nadie os la haga es la situación más agradable, la edad de oro y el estado más natural de la humanidad. » Ahora ya conocéis al hombre; es un Rousseau creyente.

Esta preciosa libertad la enajenó La Bruyère del modo más lamentable el día en que Bossuet, á quien se dirigían cuando se trataba de buscar preceptores, le hizo entrar en una familia de sangre real, la de Condé.

Encargaronle la educación del joven duque de Borbón, nieto del príncipe de Condé. Á partir de 1684, no salió casi de Chantilly, á donde se había retirado Condé, gastado prematuramente tanto por los goces de la vida como por las fatigas de la guerra, después de la sangrienta batalla de Senef. El héroe consagró sus ocios á embellecer y adornar la regia morada en que habían transcurrido los felices días de su juventud y se entregó á sus aficiones literarias. El hombre á quien hacían llorar las tragedias de Corneille era aficionado á rodearse de las inteligencias más brillantes de la época; las protegía, seguía con interés sus trabajos y se complacía en su trato.

Aquella corte (pues tal era), que los Condé mantenían en Chantilly, no tenía nada de la austeridad que Luis XIV hacía reinar en la suya; los cortesanos acudían á Chantilly para distraerse y olvidar el tono

1. Fray Luis de León y Lope de Vega, entre otros, cantaron las dulzuras de esta libertad é independencia. Recuérdese la Oda del primero á *La Vida del Campo* y la Oda del segundo, que empieza:

¡ Oh libertad preciosa,
No comparada al oro
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra!
(N. del T.)

glacial de Versalles. Tal fué el cuadro en que La Bruyère tuvo que vivir y allí vió desfilarse á los más elevados personajes de la ciudad y de la corte, observando y llenando de notas sus cuadernos.

Consolábase de esta suerte y se vengaba de las molestias de su cargo, que resultaba penoso, por el carácter del bribón de su discípulo. En general, los descendientes de Condé y el mismo Condé estaban muy lejos de poseer esa «bondad» que Bossuet atribuyó al príncipe de modo tan extraño. En particular, el Señor Duque manifestaba el carácter violento y despótico de la familia á cada paso, con arrebatos de feroz brutalidad. En el colegio pegaba á sus camaradas y su vida era un perpetuo arrebato. Sin embargo era un niño enfermizo y de extraordinaria fealdad. Era ridículamente pequeño; saint Simón dice:

Era un hombre que sobresalía entre los más pequeños y que, sin ser gordo, lo parecía; su cabeza sorprendía por su grosor, y su rostro daba miedo... Tenía la tez de un color lívido amarillento, parecía un loco furioso, pero se mostraba siempre tan altivo y tan audaz que era difícil acostumbrarse á su trato. Tenía ingenio, erudición y conservaba restos de una excelente educación, así como de cortesía y hasta de gracia, cuando quería, pero esto ocurría rara vez. No tenía ni la avaricia, ni la injusticia, ni la bajeza de sus padres, pero sí tenía todo su valor y manifestó gran aplicación é inteligencia en el arte de la guerra. Poseía también toda la malignidad y astucia necesaria para acrecentar su posición mediante sutiles usurpaciones, y era además mucho más audaz y arrebatado que ellos. Sus perversas costumbres le parecieron una virtud y las extrañas venganzas que ejerció en más de una ocasión y que á un particular le hubieran salido mal, contribuyeron á aumentar su grandeza. Su ferocidad era extremada y se manifestaba en todo. Era una piedra siempre en el aire, que hacía huir ante sí y de cuyo alcance no estaban siempre seguros sus amigos, ya por los extremados insultos, ya por las burlas crueles y por las canciones que sabía improvisar, las cuales hacían siempre sangre y causaban heridas que nunca se cicatrizaban; pero le pagaron en la misma moneda y más cruelmente aún. No tenía amigos, pero sí familiares, escogidos de modo muy extraño, y en su mayor parte oscuros, como él mismo lo era, en cuanto podía serlo un hombre de su rango. Estos supuestos amigos esquivaban su trato... Su arrebatado natural le hizo abusar continuamente de todo y aplaudir estos abusos que le hacían intratable, y, si fuese posible aplicar este calificativo á un príncipe de la sangre, le comunicaban esa especie de insolencia que hace á los tiranos más detestables que su misma tiranía. Las dificultades domésticas, los arrebatos continuos de los más furiosos celos, el vivo sentimiento de su inutilidad, la lucha incesante del amor y de la ira conyugal, la desgarradora impotencia en un hombre tan fogoso y tan desmesurado, la desesperación que le causaba el temor del rey, y la preferencia que obtenía el príncipe de Conti en el corazón, en el espíritu y en los modales de su propio padre, el furor del amor y del aplauso universal que excitaba este mismo príncipe, en tanto que él experimentaba el mayor desvío por parte del público y comprendía que era el azote de sus criados más íntimos... todas estas furias le atormentaron sin cesar y le hicieron terrible como esos animales que sólo parecen nacidos para devorar y para hacer la guerra al género humano; por eso le

servían de solaz los insultos y los epigramas que llegaron á constituir un hábito gracias á su extremado orgullo, y en los cuales se complacía.

La raza se iba empobreciendo. Las hermanas del Duque eran como él, extremadamente pequeñas; la más alta era la que fué más tarde duquesa del Maine, y cuando el duque la escogió por esposa entre las hijas solteras del príncipe, la escogió únicamente porque tenía algunas líneas más que las otras; por eso las llamaban, no las princesas de la sangre, sino las muñecas de la sangre.

En 1684, cuando La Bruyère entró al servicio de Condé, el joven duque de Borbón acababa de salir, á los 16 años, del colegio de Clermont, donde había terminado el segundo año de filosofía. Los reverendos padres jesuitas le habían mimado y se extasiaban con todo lo que hacía. El joven, orgulloso de su elevado nacimiento, había abusado de la extraña debilidad de sus maestros para soltar el freno á sus peores instintos. La Bruyère fué llamado para reemplazar á un preceptor llamado Deschamps, demasiado concienzudo y severo.

El empleo era modesto, y el sueldo no pasaba de 1.500 libras. La Bruyère, á quien acababa de robar un criado una suma importante, aceptó. Tenía encargo de enseñar al duque la geografía y la historia de Europa, en particular de Francia, las genealogías de las casas reinantes, la heráldica, la mitología, la filosofía cartesiana y la lectura del *Estado de Francia*, especie de anuario para uso de los cortesanos. Su colega, el Señor Sauveur, estaba encargado del arte militar y de las matemáticas.

Poseemos la correspondencia que La Bruyère estableció con Condé á propósito de su alumno y en ella vemos la lucha que tenía que sostener con el carácter rebelde del duque, y se admiran su paciencia y su conciencia; hubiera querido ser el único profesor del joven:

Desearía, dice, con toda mi alma, disponer de seis horas al día para emplearlas con Su Alteza y entonces podría anunciaros extraordinarios progresos, á lo menos en lo que me concierne. Y si tuviese el honor de encargarme por completo de toda la enseñanza, como tuve el placer de suponer, respondería de ella con la misma seguridad; pero tengo colegas que enseñan mejor que yo y con el mismo celo.

Condé seguía con el mayor cuidado la enseñanza y exigía que se le diesen con frecuencia informes: él mismo escribía á La Bruyère para dirigir los estudios, para pedirle la traducción de una pequeña historia de Hungría escrita en alemán y para modificar el empleo del tiempo: los lunes, martes y miércoles estaban consagrados á la geografía y al estudio de los gobiernos; los jueves, viernes y sábados al de la historia y genealogías, y los domingos también al de la historia y de las genealogías.

Á esta vigilancia perpetua se unían las visitas de inspección del mismo Condé. En Chantilly, el joven duque, según la expresión de La Bruyère, tenía que « dar cuenta » todas las noches á su abuelo de lo que había aprendido, y responder á sus preguntas.

La Bruyère se valía del terror que inspiraba al muchacho el nombre del abuelo. Con fecha 7 de julio de 1685 escribe á Condé desde Versalles:

Empleo con el mayor cuidado el tiempo de que dispongo sin perder un minuto, y aprovecho, lo mejor que puedo, la aplicación del señor duque de Borbón, del que estoy bastante contento. Cuando no lo esté, no os lo ocultaré; se lo he declarado fracamente y esto ha producido el mejor efecto.

Bossuet, el amigo de Condé, se interesaba también mucho por la enseñanza de La Bruyère á quien no perdía de vista; es más, asistió á una lección de filosofía cartesiana. El Padre Alleaume se lo escribe á Condé:

El señor de Meaux ha venido á verle hoy y ha asistido á una parte de la lección que le daba el señor de La Bruyère, el cual le explicaba la filosofía de Descartes; dícese que el prelado ha salido muy satisfecho, y no dejará de dar cuenta de ello á Vuestra Alteza Serenísima.

Estos estudios se veían con frecuencia interrumpidos por los viajes. Maestro y alumno permanecieron en un principio algún tiempo en París en el Hotel de Condé en la actual calle de Condé, en la plazuela del Odeón. Después de pasar tres meses en Chantilly, vuelven á Versalles á principios de 1685; más tarde los hallaremos en Chambord con la Corte; las partidas de caza causaban grave perjuicio á las lecciones y Condé manifestó su descontento á su hijo. Á fines de septiembre la corte volvió á Fontainebleau.

El mismo La Bruyère tuvo que ausentarse por la muerte de su madre. El matrimonio del duque de Borbón no puso término á sus estudios, pues vivió separado de su mujer hasta el mes de abril de 1696. Ésta, hija de Luis XIV y de Madama de Montespán, tenía doce años y su marido apenas diecisiete. Continuaron sus estudios cada uno por su lado, pero á horas diferentes, bajo la dirección de los mismos maestros, en compañía de la joven Luisa Benedicta de Borbón, futura duquesa del Maine, que, como su hermano, estaba dotada de ingenio muy brillante. La muerte de Condé ocurrida el 11 de diciembre de 1686 puso término al preceptorado de La Bruyère. Éste sintió vivamente la muerte de aquel hombre superior que había puesto en él su confianza y le consagró más tarde un elogio lleno de verdadera emoción en el retrato magistral del Emilio de los *Caracteres*.

No abandonó el palacio del príncipe y siguió viviendo en Chantilly, en calidad de literato, con mil escudos de renta y con el título de gen-

tilhombre ordinario del Señor Príncipe hijo de Condé, padre de su joven alumno.

Saint Simón nos ha dejado un triste retrato de dicho príncipe que no mostró hacia la Bruyère la misma simpatía que su padre.

Nadie ha tenido más ingenio en todas sus manifestaciones ni más saber en casi todos los géneros, hasta en las artes y oficios mecánicos, juntamente con un exquisito y universal buen gusto... Y cuando quería agradar, nadie le aventajaba en discernimiento, en gracia, en gentileza, en cortesanía y en nobleza y en arte delicado que nacían como de un manantial... Jamás se vieron tampoco tantos talentos inútiles, tanto ingenio baldío, ni tan continua y viva imaginación empleada únicamente en atormentarse á sí mismo y en ser el azote de los demás; jamás se vieron tantas espinas y peligros en el trato, tanta y tan sórdida avaricia, tantas maniobras bajas y vergonzosas, tantas injusticias, rapiñas y violencias, y al mismo tiempo tanto orgullo...; jamás se conoció tampoco bajeza más vil... Hijo desnaturalizado, padre cruel, marido terrible, amo detestable... incapaz de amistad, sin amigos, celoso, receloso, inquieto sin descanso, lleno de ardides y artificios para descubrirlo y escudriñar todo, ocupación á que se dedicaba sin cesar, auxiliado por su vivacidad extrema y su penetración sorprendente; colérico y arrebatado hasta el último exceso, siempre inconsecuente consigo mismo, hacía que todo el mundo temblase á su alrededor; en resumen puede decirse que sus vicios dominantes eran la ira arrebatada y la avaricia¹...

La vida de la Bruyère cambió por completo. Valincourt refiere que se burlaban del preceptor.

Pensaba, dice, á la vez con profundidad y sin gravedad, dos cosas que rara vez se encuentran juntas... era en el fondo un buen hombre pero á quien el temor de parecer pedante había hecho caer en el ridículo opuesto, cosa que no sería fácil de definir, de suerte que, todo el tiempo que pasó en casa del señor duque, donde murió, se burlaron constantemente de él.

La Bruyère se hallaba fuera de su lugar entre los gentileshombres del Señor Duque, en compañía de aquel Gourville que, de lacayo de los La Rochefoucauld había llegado á confidente íntimo de los Condé, y que había observado que los filósofos son generalmente « gente malhumorada que habla mal de la gente de negocios »; en cuanto á Santeul, era el bufón de Chantilly, un bufón que á cada momento perdía el sentido de la realidad ó faltaba sin reparo á todas las consideraciones; así es que le hacían constantemente objeto de burlas de mal género, la última de las cuales le costó la vida, pues le hicieron tomar una taza de café en que el duque había vaciado su tabaquera. Era la manera que tenía de mostrar su cariño á la gente, porque quería al tal Santeul; Bouhier decía:

1. No hay que olvidar que el señor de Saint-Simon pertenecía á la nobleza, y, por lo tanto, no tenía interés en hablar mal de los grandes personajes. (N. del T.)

El príncipe no ha hecho casi ningún viaje, ya á Chantilly, ya á Borgoña, sin llevarle en su compañía, y hasta metiéndole en su carroza, prefiriéndole á otros muchos que soportaban esto con harta impaciencia. Vi entre otros á La Bruyère muy ofendido, porque se creía muy superior á Santeul. Pero el buen humor y la vivacidad de este último agradaban mucho más al príncipe que la seriedad cínica y mordaz del otro. Además, el señor príncipe daba á Santeul multitud de bromas que éste aceptaba de muy buen grado, cosa que no hubiera hecho La Bruyère¹.

Santeul tenía, en efecto, una paciencia á toda prueba. Cierta día, estando á la mesa, la duquesa del Maine le dió una bofetada y luego le arrojó un vaso de agua. Santeul hizo con este motivo un poema en versos latinos. He aquí cómo tomaba las cosas y de qué modo se vengaba.

Por simpatía y por afición, La Bruyère se procuró la amistad de los huéspedes literatos á quienes los Condé invitaban á su corte, Bossuet, Boileau, Racine, Fenelón y La Fontaine, que le correspondieron con creces.

Boileau decía de La Bruyère: « Tiene saber, ingenio y mérito. » Es un elogio algo frío, pero hay que advertir que no le agradaba el estilo de La Bruyère. Léase la *Bolaeana*:

El señor Despréaux decía de La Bruyère que tenía mucho ingenio y erudición, pero que su estilo era profético y que á veces había necesidad de adivinarle; que una obra como la suya sólo requería ingenio puesto que le libraba de la servidumbre de las transiciones que es, decía él, la piedra de toque de casi todos los escritores. He tenido, continuaba, el valor de demostrarle que su discurso á la Academia era malo, aunque por otra parte muy ingenioso y perfectamente escrito, pues la elocuencia no consiste en decir simplemente lindas cosas, sino que tiende á persuadir y para esto hay que decir cosas que estén de acuerdo con la época, con el lugar y con las personas. No hay, proseguía, dos clases de elocuencia, la de Demóstenes ó la del Puente Nuevo. Unos barqueros pretenden ahogar á Demóstenes, pero él logrará enternecerlos con sus imágenes. Un charlatán quiere vender sus específicos y éste es el único fin de su discurso. Un orador habla siempre bien cuando logra persuadir.

El mismo Boileau escribía, en 1687, á Racine: « Maximiliano (es decir La Bruyère) ha venido á verme á Auteuil y me ha leído algo de su Teofrasto. » Se trataba de la traducción de los *Caracteres griegos* que le sirvieron de modelo para su obra.

Sirve á ésta de prefacio un discurso sobre Teofrasto. En él hace constar la variedad de los gustos y las ventajas de la ciencia de las costumbres que examina á los hombres y desarrolla los caracteres. Refiere la vida de su modelo Teofrasto, discípulo de Platón y luego de

1. ¿Qué diferencia entre esta especie de servidumbre de ciertos literatos y la honrosa y respetada situación de nuestros grandes escritores en aquel mismo siglo? (N. del T.)

Aristóteles y sucesor de éste al frente de su escuela. Celebra las virtudes de su modelo, su bondad, su celo por el bien público. Considera que debemos interesarnos por conocer las costumbres descritas por los antiguos, porque los hombres cambian poco, en el curso de los siglos, en cuanto al corazón y á las pasiones, y termina con un hermoso retrato del pueblo ateniense.

En marzo de 1688, apareció, sin nombre de autor, la primera edición con el título: « *Los caracteres de Teofrasto*, traducidos del griego, con los Caracteres ó Costumbres de este siglo. En París, en casa de Esteban Michallet, primer impresor del Rey, calle de Saint-Jacques, á la imagen de san Pablo. MDCLXXXVIII con privilegio de Su Majestad. »

Formey refiere lo siguiente:

Oí esta anécdota al señor de Mauvertuis. El señor de La Bruyère iba casi diariamente á sentarse en la tienda de un librero, llamado Michallet, donde hojeaba las novedades y se divertía hablando con una niña muy graciosa á la que había cobrado amistad. Cierta día sacó un manuscrito del bolsillo y dijo á Michallet: « ¿ Queréis imprimir esto (se refería á los *Caracteres*)? No sé si haréis un buen negocio; pero, en caso de éxito, el producto será la dote de mi amiguita. » El librero, menos seguro que el autor del resultado del negocio, emprendió la edición, pero apenas la puso á la venta, cuando se la quitaron de las manos y se vió obligado á reimprimir varias veces el libro que le produjo doscientos ó trescientos mil francos. Tal fué la dote imprevista de su hija que hizo después un excelente matrimonio y á quien había conocido el señor de Mauvertuis. (*Memorias de la Academia de Berlín*, 1787.)

Los *Caracteres* tuvieron, desde su aparición un éxito considerable; el señor de Malézieu lo había previsto, diciendo á La Bruyère: « He aquí un libro que os procurará muchos lectores y muchos enemigos. » La predicción se realizó.

En el primer año, se agotaron otras dos ediciones sin grandes modificaciones. Alentado por el favor del público, insertó el autor más de 350 caracteres nuevos en la cuarta edición que apareció en 1689, y más de 150 en la de 1690. La sexta de 1691, y la séptima, de 1692, salieron aumentadas respectivamente con cerca de 80; en la octava, que contiene además el *Discurso de recepción en la Academia*, hay unos 40 inéditos. La novena salió algunos días después de la muerte de La Bruyère, sin ninguna adición; había sido revisada y corregida por el autor.

Este nuevo género agradó hasta tal punto que surgieron por todas partes legiones de Teofrastos. « Todo es cuestión de moda en Francia, dice el abate d'Olivet; apenas aparecieron los *Caracteres* de La Bruyère todo el mundo se metió á imitarle. »

Alentado por este éxito, pensó La Bruyère en la Academia. Presentóse por primera vez en 1691, pero le dieron la preferencia á Esteban